

que la produjo. Claudio Adriano Helvecio, parisiense, hijo de un padre virtuoso, educado en sus primeros años con religion y piedad y piadoso él mismo (1), perdió las costumbres y la religion por su union y amistad con Mr. Voltaire, nacido, al parecer, para perdicion de su siglo y de los siguientes. La metromanía le hizo frecuentar el trato del poeta filósofo, y este trato le corrompió hasta el extremo de hacer de él un impío materialista y un disoluto. El ánsia de adquirir reputacion le sorprendió en medio de su vida voluptuosa (2), y movido de esta pasion compuso y dió á luz el monstruoso libro titulado *el Espiritu*: mas apenas se divulgó semejante produccion de las tinieblas de la impiedad, fue proscrita, no solo por la santa Sede y por los obispos de Francia, sino tambien por todos los doctos de cualquier estado y profesion. En efecto, es tal la doctrina de este libro y la del que publicó despues bajo el título *del Hombre*, que hizo avergonzar á los mismos filósofos; y el marqués d' Argeus, juez nada sospechoso, no creia que se pudiese clamar nunca bastantemente contra „ una filosofia infausta, que con la hacha en la mano y una venda sobre los ojos, derriba, trastorna, lo destruye todo y no levanta nada; que en su delirio impío hace su Dios de la materia; no distingue al hombre del bruto sino por los dedos, y para perfeccionarle le envia á los bosques á disputar las bellotas con los mas sucios irracionales.” El mismo Voltaire decia (3) de las obras de Helvecio, que no eran otra cosa que un agregado confuso de bagatelas,

(1) *Feller Dicción. art. Helv.* (2) *Grim. Corresp. part. 2.*

(3) *Carta á D' Alemb. 1773.*

y que si la audacia picaba en ellas alguna vez la curiosidad, el libro era generalmente *fastidioso*.

Obligado, pues, Helvecio á proscribir su propia obra, dió á luz una retractacion muy larga, pero que se juzgó insuficiente para obviar los males que podia producir la lectura de sus libros. Publicó en consecuencia otra mas breve, pero mucho mas eficaz que la primera, la que se divulgó inmediatamente inserta en todos los periódicos literarios. „Dí á luz, dice Helvecio, el libro del *Espiritu* con toda la seguridad de mi ánimo, porque lo publiqué con toda la sencillez de mi corazon. No preveí los efectos, porque no conocia las funestas consecuencias que fluian de mis principios. Ahora que conozco los unos y las otras, siento la mayor tristeza y amargura, porque veo que he ofendido é irritado los ánimos de las personas piadosas, doctas y respetables, cuyos sufragios me son tan apreciables, y que he dado lugar á que se sospechase de mi religion y de mis sentimientos. Deseo ardiente y sinceramente que los que han tenido la desgracia de leer mi obra, no juzguen de mis sentimientos por las tristes impresiones que habrán recibido con semejante lectura. Sepan, pues, que apenas he sabido los daños ocasionados por mi obra, la he reprobado, y la repruebo, proscribo y condeno, descando que sea inmediatamente suprimida. Quiero por tanto que se crea que jamás ha sido mi intencion atacar la naturaleza, origen, espiritualidad é inmortalidad del alma: que jamás he querido combatir la verdad de la Religion cristiana que he profesado sinceramente con todos sus dogmas, así respecto á la fe como á las costumbres, y á la que

estoy pronto á someter todos mis pensamientos, todas mis opiniones y todas mis facultades naturales, estando cierto de que todo lo que se opone á la Religión cristiana se opone á la verdad. Tales son los sentimientos de mi corazón, con los que he vivido, vivo y quiero morir."

¡Qué espectáculo mas digno de compasión, que ver á aquellos mismos hombres reputados de superiores á los demás por sus talentos, por sus luces y por la fuerza de su espíritu, bajar del pretendido carró de su gloria y arrastrarse vergonzosamente en el polvo de una humillante retractación! ¿Qué son sus efimeros triunfos comparados con su caída? ¿A qué fin anunciarse como legisladores del género humano, para asolar despues á los ojos del mismo las soberbias columnas en que habían esculpido sus leyes? ¿Por qué no se examinaron á sí mismos antes de llamar á los pueblos para que los escuchasen? Pérfidos en proponer el error si lo conocían, ó imbéciles y necios si no sabían distinguírle de la verdad, léjos de dar cabida al orgullo y presunción que los arrebatava, hubieran debido constituirse en el último rango de los hombres. Concluyamos, pues, que si la retractación de Helvecio y de tantos otros que le imitaron fue sincera, basta á confundir el falso honor de la filosofía de la incredulidad, mientras que la causa de la verdad y de la Religión aparece mas gloriosa y triunfante.

49. Si los dos mencionados escritores consolaron á los verdaderos fieles reconociendo y detestando públicamente sus errores, y sujetándose á la autoridad de la Iglesia, los cismáticos de Holanda no dejaron dudar de

sus verdaderas intenciones al proponer de nuevo al Papa el proyecto de su reunion con la santa Sede. Tentaron todos los caminos, y echaron mano de todos los medios que estuvieron á su alcance para que se verificase la reconciliación. Benedicto XIV, aunque conocia bien los engañosos procedimientos de la secta, no obstante, animado siempre del amor de la páz, é inflamado con el santo deseo de estender el reino de Jesucristo y de que no hubiese en la tierra, si fuese posible, mas que un solo pastor y un solo rebaño, consintió en que se emprendiesen las negociaciones que pocos años antes se habían frustrado. Pero habiendo presentado el agente del partido una declaración en que Meindartz, Van-Stiphout y los demás gefes de la iglesia de Holanda protestaban en los términos mas espresos que jamás consentirían en la suscripción pura y simple del formulario de Alejandro VII, ni aceptarían la bula *Unigenitus* por mas esplicaciones que se les diesen, quedó interrumpido y de todo punto inutilizado el proyecto.

50. Perdida, pues, toda esperanza de lograr un acomodamiento que, reuniéndolos al centro de unidad, les permitiese la libre profesion de sus errores, abandonáronse los cismáticos á su encono contra Roma, y multiplicaron mas y mas sus atentados (1). El supuesto arzobispo Meindartz, determinado á consolidar en cuanto estaba en su poder su iglesia cismática, creó un nuevo obispado en Deventer, silla establecida en 1559, pero estinguida poco despues por la mudanza de religion que se introdujo en Holanda. Nombró para ella á un cura de

(1) *Mozzi, lib. 4, §. 18.*

Utrecht llamado Bartolomé Byevelt. Los teólogos, jurisconsultos y canonistas del partido, fueron los promotores y apologistas de esta elección y de la consagración sacrilega que se verificó poco después; y llegaron á aconsejar á Meindartz que llenase igualmente todas las sillas vacantes de Holanda. Estaba tan lejos la antigua diócesis de Deventer de pedir un obispo, y particularmente un obispo creado por Meindartz, que no quiso en manera alguna recibir á Byevelt; y este prelado sin funciones, se vió precisado á pasar toda su vida sirviendo la parroquia de que era pastor, sin poder jamás presentarse en una diócesis en que era aborrecido de todos.

Benedicto XIV, lleno de años y de enfermedades y cercano ya á terminar su carrera, recibida esta noticia y la carta que los mismos cismáticos osaron dirigirle, dió la respuesta que merecia su descarada obstinación. „No solamente escomulgamos, dice en el breve á los católicos de Holanda de 29 de Diciembre de 1757, anatematizamos de nuevo y declaramos ligados con todas las penas y censuras eclesiásticas al pertináz Pedro Juan Meindartz, supuesto obispo ultrayectense, á su pretendido cabildo, al cura Juan Bartolomé Byevelt, vanamente designado obispo de Deventer, y á todos sus secuaces, imitadores, fautores y protectores, sino que detestamos también, condenamos y declaramos nulo y de ningún valor y fuerza todo lo que hayan hecho, ó en adelante hicieren, continuando en su cisma.” No impidió este breve á Meindartz consagrar á su recomendado, con la asistencia del obispo de Harlem y del decano de Utrecht. Poco después sus dos obispos y él escribieron al

Papa una larga carta, en que le hacian el retrato mas espantoso de los jesuitas, atribuyéndoles todos los males de la Iglesia y todos los desórdenes del mundo; pero no sabemos ni existe monumento alguno de que el Papa contestase á semejante escrito.

51. Los acalorados debates y furiosos discursos que produjeron en Francia los últimos decretos de Luis XV contra el parlamento de París, pusieron en fermentación los ánimos de una turba de fanáticos que se reunia en la gran sala del palacio de justicia, y exaltaron la cabeza de un malvado, nacido con una imaginación ardiente y con las mas vivas pasiones. Roberto Francisco Damiens, natural de Arras, anunció desde su infancia el carácter de malignidad y astucia que jamás desmintió, y que le hizo apellidar *Roberto el diablo*. Se alistó por dos veces en el ejército, y hallóse en el sitio de Filisburgo en 1734. A su regreso á Francia, sirvió como criado en el colegio de jesuitas y en diferentes casas de la capital, hasta que se vió obligado á huir por un robo que hizo de 240 luises de oro. Sin embargo, volvió después á París, donde frecuentaba la reunión de los mas acalorados partidarios del parlamento. A principios de Enero de 1757 pasó á Versailles; y en la noche del día 5 del mismo mes, al salir el Rey para retirarse á Trianon, metióse entre los guardias, y acercándose á Luis XV le hirió en el lado derecho con un cuchillo de dos hojas. Creyó al pronto su Magestad que solo habia recibido un golpe de mano; hizo un movimiento natural para ladearse, y dijo: *éste se dirige contra mí; aquí hay alguna conspiración, cuidar del Delfin*; mas sintiendo después

algun calor en la parte herida , tentó con la mano , y al verla ensangrentada dijo : *estoy herido , arrestar á ese malvado y examinarle*. En efecto , fue arrestado al punto el asesino , y despues de algunos interrogatorios se le trasladó á París , y se le encerró en la torre de Montgomerly que ocupó un tiempo Ravailac , matador de Henrique IV.

No tuvo la herida malas consecuencias. Mandó el Rey á la gran cámara que formase el proceso al asesino , á quien no fue posible arrancar la menor confesion de haber tenido cómplices ó instigadores , á pesar de las horrorosas torturas que se le hicieron sufrir. Llegó su temeridad á decir entre sus confusísimas respuestas , que si no hubiese cometido ya aquel horrendo atentado , lo cometeria entonces. Condenó , pues , la gran cámara al parricida á ser atenaceado en los pechos , brazos , muslos y pantorrillas , echándole plomo derretido , aceite hirviendo , pez , resina , cera y azufre en las partes atenaceadas , teniendo en la mano derecha el cuchillo y quemando despues la mano con azufre ; á ser descuartizado por cuatro caballos , quemando luego los miembros con el cuerpo y esparciendo las cenizas por el aire para quitar de la tierra hasta su memoria. Egecutóse la sentencia el dia 28 de Marzo del mismo año en la plaza de Gevre ; duraron los tormentos tres horas , viviendo todavía el miserable despues de separadas de su cuerpo las dos piernas y el brazo derecho. Arrancado el otro , murió el infeliz dejando horrorizada la capital.

52. Entretanto Luis XV fue conducido en los brazos de sus guardias al palacio , donde encontró á toda la

familia real en el mayor abatimiento y deshaciéndose en lágrimas. Dirigiéndose á todos el Rey , dijo que se tranquilizasen porque tal vez no seria grave la herida , y que aun cuando lo fuese se conformaria con la voluntad de Dios. Pidió luego á un confesor , y no quiso que le curasen la herida sino despues de haber recibido la absolucion. Antes de confesarse dió á conocer sus sentimientos verdaderamente cristianos , diciendo que por lo tocante á su persona perdonaba al malvado que le habia herido. Pero la religion esperaba otra prueba de la pureza de sus sentimientos. Habia ya quince años que arrastrado de la mas dulce é imperiosa de las pasiones , pasaba Luis XV sus dias en la molicie y en el seno de la voluptuosidad , profanando el santo matrimonio con un doble adulterio. Gemian todos los buenos al ver á su Monarca en tal abandono ; rogaban continuamente á Dios para que se dignase su misericordia levantar al Príncipe de tan vil abatimiento , y creyeron que su desgracia era el medio de que se sirvió la divina bondad para llamarle al camino recto. Efectivamente , luego que Luis depuso á los pies del confesor la larga tela de sus pecados , mandó espresamente que hiciesen salir de la córte á su favorita la marquesa de Pompadour ; pero eludió esta peligrosa muger la órden de su amante , contempORIZÓ y quiso esperar el último resultado. Por desgracia no se engañó en sus esperanzas ; el Príncipe recobró en pocos dias su salud , y viéndose ya fuera de peligro , fue el primero á revocar la órden : ¡ triste egemplo de la debilidad humana y de la ceguedad de una violenta pasion !

53. No solo los protestantes del alto y bajo Lengadoc, sino tambien los judios establecidos en Burdeos, dieron en esta ocasion manifiestas señales de su adhesion al Soberano. Intimaron á todos los dependientes de su sinagoga un solemne ayuno y una abundante limosna, y mandaron hacer la siguiente oracion: „Postrados en vuestra presencia, Señor Dios de nuestros padres, en este dia de ayuno y de limosna, con el corazon contrito y humillado, con el ánimo afligido y con el cuerpo abatido, os suplicamos que guardéis al Rey nuestro amo de todos sus enemigos, que lo libreis de todo hombre engañador y malvado, y lo preserveis de todo accidente y de todo mal encuentro. Haced que perezcan los que quieran levantarse contra él, que sean arrebatados como un torbellino y como la paja que se lleva el viento; y á la manera que el fuego abrasa la selva, y la llama consume los bosques, así sean perseguidos por tu indignacion, y oprimido su ánimo de confusion y de horror. Enmudezcan sus lábios para que no puedan comunicar á otros sus inícuos proyectos; oscurézcanse sus ojos para que no puedan seguir su camino; áridos queden sus miembros; sus propias espadas traspasen su corazon y se quebranten despues. Conservad, ó Señor, la vida de nuestro Augusto Monarca, haciéndoles conocer á todos sus enemigos que lo son tambien de tu Divina Magestad: entonces nosotros tus siervos cantaremos con alegría tu bondad y la fuerza de tu brazo.” A esta oracion llena de imprecaciones, se seguia otra muy afectuosa, con que rogaban por la Reina, por el Delfin y por toda la real familia.

54. Terminado el proceso y la sentencia de Damiens, se retiraron del parlamento los pares del reino, y se suspendió en parte la administracion de justicia, porque la gran cámara no podia espedir por sí sola todos los negocios. Clamó el pueblo en consecuencia por el restablecimiento de las cámaras suprimidas, y fue preciso que la córte tratase de reconciliarse con el parlamento. El abate Bernis, que se habia hecho célebre en París por sus composiciones poéticas, y se habia granjeado el afecto de la marquesa de Pompadour, quien le elevó á los primeros empleos y le confió las mas árduas empresas, fue destinado por el Rey á tratar con el parlamento y á negociar las condiciones con que consentiria la córte en restablecer el tribunal. Tuviéronse largas conferencias, cuyo resultado fue la revocacion de las dos últimas declaraciones del Rey, obligándose por su parte los magistrados á registrar la primera, perteneciente á los negocios eclesiásticos. Entró de este modo el parlamento triunfante en París á fines de 1557. El abate Bernis fue recompensado magníficamente por sus servicios, promovido al ministerio de negocios extranjeros, y al año siguiente elevado á la dignidad de cardenal que le obtuvo de Benedicto XIV la Emperatriz Maria Teresa, en testimonio de su reconocimiento por el tratado de alianza concluido entre la casa de Austria y la de Borbon.

55. Al mismo tiempo hizo el Rey cesar el destierro de los obispos, á quienes las denunciaciones del parlamento habian hecho sufrir esta pena. Mr. de Beaumont volvió entonces á presentarse en la capital con el mismo.

espíritu é intrepidéz con que habia soportado sus dos destierros. Lisongeábase el ministerio que con estas medidas restableceria la páz; pero los amigos de las turbulencias que veian con gran dolor el regreso de los prelados, juraron de nuevo vengarse, especialmente contra los que se habian mostrado mas firmes. El abate Chauvelin denunció á Mr. de Condorset, obispo de Auxerre, sublevó á sus eclesiásticos, hizo suprimir sus mandatos y metió tanto ruido, que la córte, cada dia mas débil, desterró de nuevo al prelado. Otros dos obispos se vieron obligados á dar sus dimisiones y alejarse de sus sillas. Pero el principal objeto de la indignacion parlamentaria era el arzobispo de París, contra quien llegaron á persuadir á la nacion y á la córte que se le debia precisar á renunciar el arzobispado. En efecto, encargó el Rey al ministro San Florentin proponer á Mr. de Beaumont en vez del arzobispado la abadía de San German, cuyas rentas eran inmensas, el capelo cardenalicio y la dignidad de duque y par para toda su familia, objeto de la ambicion de las principales casas de Francia. Mas el prelado, que nunca desmintió su carácter de firmeza y su conducta verdaderamente sacerdotal, y que constituido en una de las primeras sillas de la Iglesia, habia siempre edificado á los fieles con sus palabras y santos egemplos, al oír semejante proposicion, respondió al ministro: *Señor, vos mismo fuisteis el órgano de las reiteradas órdenes de su Magestad que me obligaron á aceptar el arzobispado de París: si yo diese ahora mi demision, no pediria ser mas que vicario de Arcueil.* Sorprendido el ministro y confundido con

semejante respuesta, devoró en silencio el oprobio que él mismo se habia procurado; y reconoció, á su pesar, en la elevacion de sentimientos del arzobispo que aun se hallaba en los ministros del santuario el verdadero espíritu de la religion. En vista de su declaracion, encendióse mas que nunca la guerra contra el prelado: mal visto de la córte, aborrecido del parlamento, perseguido por los jansenistas, tuvo por fin que sucumbir, y el 4 de Junio de 1758 fue desterrado al Perigord, adonde se encaminó inmediatamente. Apenas llegó al lugar de su destierro, escribió una pastoral á sus diocesanos, en la que no pudieron menos de admirar hasta sus propios enemigos una fe viva, una caridad sin limites, una profunda humildad y una religion varonil, sencilla y noble como el mismo Evangelio.

56. Decia en su carta el arzobispo de París, entre otras cosas, que las desgracias y calamidades se multiplicaban cada dia mas y mas. Y en hecho de verdad, en la mayor parte de las naciones de Europa, y principalmente en Italia, se espermentaron grandes catástrofes en todos estos años. Entre ellas merece particular mencion la extraordinaria inundacion que padeció Verona por el heróico hecho de caridad á que dió motivo. Habíase engrosado el Adige en Agosto de 1757, y amenazaba inundar la ciudad y la campiña; mas el último dia de dicho mes bajaron tanto las aguas, que los habitantes depusieron fundadamente todo temor. Pero en la noche del 1.º de Setiembre se renovó la avenida con tal ímpetu y abundancia, que tres partes de la ciudad quedaron inundadas, llegando el agua en algunas calles á la altura